

LA INSURRECCIÓN DE ROSALERA

TADE THOMPSON

Traducción de Raúl García Campos

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *The Rosewater Insurrection*

Publicada en Reino Unido en 2019 por Orbit. Esta traducción ha sido publicada por acuerdo con Little, Brown Book Group.

Revisión de las pruebas a cargo de Antonio Torrubia.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2019 by Tade Thompson
© de la traducción: Raúl García Campos, 2020
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-922-6
Depósito legal: M. 2.555-2020
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Para Cillian,
que llegó sin pretenderlo*

Preludio

Campamento Rosalera, 2055

Eric

No soy un asesino.

Me gustaría dejarlo claro, aunque esté limpiando mi pistola mientras comienzo esta narración, después de haber desmontado y limpiado mi fusil, con la intención de matar a un hombre. Órdenes.

Para los africanos, algo tan insólito como que un alienígena llegara a Londres a bordo de un meteorito y después se expandiera por el subsuelo no entrañó especial relevancia. Nuestra vida no cambió apenas. Las teorías conspirativas que intercambiábamos cobraron mayor interés, pero ahí quedó todo. Una taza de arroz seguía costando un dineral.

Cuando perdimos Norteamérica, se desató una disputa entre China y Rusia por ocupar tanto el vacío de poder como el económico. La taza de arroz se encareció aún más.

Sin embargo, ahora está aquí, en Nigeria, lo cual significa, al menos para mí, que habrán de cometerse ejecuciones extrajudiciales.

Espero fuera de la tienda del mando, desde donde emito ruido blanco, tal y como se me ha enseñado. Tengo las botas manchadas después de haber pasado por en medio de un barrizal. De hecho, ahora mismo, en posición de firme, estoy hundido casi hasta los

tobillos, y produzco un chapoteo cada vez que me muevo. Se oye amortiguada la riña que está teniendo lugar dentro de la tienda, un hombre y una mujer, la voz de esta más segura y conocida para mí. Suena un frufú y un hombre sale enfurecido, o tal vez es expulsado. Trastabilla y enseguida recupera el equilibrio. Se tira del faldón de la camisa para alisársela. Es como yo, delgado, de andares ligeros, con el pelo cortado prácticamente al rape. Pero también él emite ruido blanco, y se topa con mi mente casi al mismo tiempo que yo me topo con la suya, lo cual no deja de impresionarme porque todavía está alterado después de la discusión. Nos miramos a los ojos.

Inclina la cabeza a modo de saludo.

—¿Te ha entrenado Danladi? —me pregunta.

—El Hijoputa Danladi.

—Es el único que merece la pena —asegura.

A sus espaldas, la bóveda resplandece y después crepita, empezando por el ganglio. Hace viento, pero, gracias a las últimas lluvias, apenas hay polvo. En el Campamento Rosalera solo se conocen dos modalidades: o tormenta de polvo o baño de barro. A ambos nos llega el tufo de la alcantarilla descubierta. Noto que me tanea la mente, con curiosidad, al límite de lo cortés. Concluyo que es más fuerte que yo, y levanto de golpe todas mis defensas.

Aunque no se inmuta, me tiende la mano.

—Kaaro —se presenta.

—Eric —respondo.

—Descansa, Eric. ¿De dónde eres?

—De Lagos y de Johannesburgo. —Por muy corto que lleve el pelo, la gente puede ver que soy negro solo en parte. Hay quien intenta aprovecharse porque lo considera una especie de privilegio.

—Bien, Eric de Lagos y de Johannesburgo, ten cuidado. Está en muy buena forma.

Se encamina hacia la penumbra y enseguida se pierde entre la multitud del otro lado de la barrera. Sigo pensando en él cuando la mujer me llama.

No sé muy bien qué tratamiento darle, por lo que me limito a decir:

—Señora. —Ella no se presenta, pero es la directora de la Sección Cuarenta y Cinco. La S45 no es un departamento conocido del gobierno. Responde directamente ante el presidente y se encarga de asuntos inusuales con un equipo de agentes anónimos, y a los hombres como yo, o bien se nos contrata para que nos convirtamos en sus depredadores, o bien se nos persigue cuando nos convierten en sus presas. En sus inicios, se dedicaba a salvar a los falsos brujos de las iglesias fundamentalistas, pero ahora se ocupa de los fenómenos relacionados con los extraterrestres. Es nueva en el cargo, pero actúa como si hubiera nacido con él. Sus pupilas e iris son negros como el carbón, y como me cuesta sostenerle la mirada, opto por evitarla. El ambiente de la tienda es fresco y seco. En los pies solo llevo los calcetines, porque la mujer insiste en que el calzado se deje fuera. Su guardaespaldas es corpulento y permanece dos pasos por detrás de ella, con las manos entrelazadas por delante de la chaqueta, bien colocada la corbata.

—¿Sabes por qué estás aquí? —me pregunta.

—Se me dijo que me personara.

La mujer sonrío, aunque sin separar los labios, y sus ojos no se inmutan.

—Necesito que soluciones un problema.

Exhibe su riqueza como quien enseña el arma que lleva en el costado, del mismo modo en que los europeos portaban sus espadas, al descubierto, evidentes, un recordatorio de su rango para los demás, con deliberada ostentación, especialmente llamativa en el Campamento Rosalera, especialmente eficaz frente a los subordinados menos pudientes. Como yo.

No estoy seguro de a qué se refiere.

—¿Un problema, señora?

—¿Conoces a Jack Jacques?

—No, señora.

—¿Conoces a alguien en Rosalera?

—No, señora. Acabo de terminar el adiestramiento. Antes estaba en Lagos.

No percibo pensamientos procedentes de ella. Ya me habían advertido de esto. Los altos mandos cuentan con algún tipo de protección.

—Jack Jacques es un agitador —me explica—. Casi nadie lo toma en serio, pero yo sé por dónde va. Hay que pararle los pies. Así lo quiere el presidente.

Creo que se refiere a que debo detenerlo yo, y asiento entusiasmado. Estoy deseando demostrarle mi valía a la S45. Acataré las órdenes al pie de la letra porque es mi primera misión. El guardaespaldas se acerca a mí y me muestra una copia de las órdenes, en las que figura el sello presidencial, un documento que requiere de la huella de mi mano y de la cercanía a mi implante para desbloquearse.

Lo primero que veo es un rostro terso, sin una sola arruga, un hombre negro que mira a cámara, en cuyos ojos asoma una sonrisa que no termina de desplegarse, como la de un niño que reprimería una carcajada en el momento de hacerse la foto del pasaporte. Jack Jacques parece tener veintimuchos años, es apuesto y si no resulta del todo afeminado es solo gracias a su mentón prominente. Tiene los labios carnosos, pero en mi opinión encajarían mejor en la cara de una mujer.

—Te dejo para que te familiarices con los detalles —dice mi superior—. No me decepciones.

Tanto ella como su guardaespaldas salen por un extremo de la tienda mientras yo me retiro por donde entré.

¿Dónde está tu arma reglamentaria?

En mi compartimento.

Entrégasela al intendente. No puedes utilizar el material oficial durante esta operación. ¿Puedes conseguir una pistola?

No creo que me haga falta disparar ningún arma.

Eric, ¿en qué crees que consiste esta misión?

Puedo detenerlo sin...

¿«Detenerlo»?

La directora dijo que...

A menos que te refieras a detenerle el corazón, creo que necesitas leerle las órdenes más atentamente.

Apenas se sabe nada sobre Jack Jacques. Se cree que emplea este nombre a modo de pseudónimo. Llegó al Campamento Rosalera casi un mes después de que surgiera la bóveda extraterrestre. El primer registro es el de la detención que llevaron a cabo unos militares. No se presentaron cargos. Al parecer, pecó de bocazas. La documentación no es del todo fiable. Una parte del texto dice que durante veinticuatro horas se negó a identificarse. Leyendo entre líneas, sospecho que lo torturaron. Cuando lo dejan libre, empiezan a circular panfletos en torno a la bóveda, libelos chabacanos en blanco y negro impresos en papel de escasa calidad.

¿Hasta cuándo tendremos que resignarnos a una vida que el resto de Nigeria, del mundo, dejó atrás ya antes de la era de los antibióticos? Apelamos al Gobierno federal para que nos proporcione viviendas, transporte público, carreteras, un sistema moderno de alcantarillado y, lo más importante de todo, agua potable.

Jack Jacques

Esta reivindicación se acompaña de una copia tosca de una fotografía de Jacques ataviado con un traje de una talla que no es la suya.

Aquí figura como signatario de una petición con la que se pretende prohibir el consumo de fauna y flora alienígenas. Aquí se recoge la declaración de una informante sobre una reunión de agitadores e izquierdistas. La mujer asegura que Jacques estuvo allí, pero no aporta detalles acerca de su participación.

No consta ninguna dirección ni se sabe de ningún colaborador.

Nunca he matado a nadie, pero la gente para la que trabajo cree que sí, motivo por el cual me han elegido para esta misión. Cuando la S45 te selecciona, siempre encuentra el modo de interrogar a tus amigos más cercanos. Sé quién dio el soplo. Aunque tampoco puede considerarse un soplo si no hay nada que soplar. Cuando tenía quince años, entraron a robarnos en casa, asalto que concluyó con la muerte de uno de los ladrones con el cráneo aplastado. El informe policial indica que yo le machaqué la cabeza con un

pisapapeles, aunque mi hermana lo matase por accidente, cuando solo tenía la intención de aturdirlo. Mi hermana ya estaba fichada, así que la familia tomó la decisión de que fuera yo quien se comiese el marrón.

Estoy afeitándome la cabeza con una cuchilla sujeta a un peine. Puesto que el pelo rapado evidenciaría mi condición de militar, prefiero deshacerme de él. El espejo pende de una cuerda anudada en una de las varillas de la tienda. Se balancea con suavidad, y yo me muevo a su son para no perder de vista mi reflejo, meciéndome como un boxeador. Cuando termino, me cambio de ropa y salgo.

Es increíble lo ajetreado que está el campamento. Son las cuatro de la tarde y los buitres se lanzan en picado hacia los puestos del mercado, junto a los cuales devoran los cadáveres eviscerados que los carniceros desechan. El Campamento Rosalera consiste básicamente en un barrio de chabolas que se extiende alrededor de toda la bóveda extraterrestre, salvo por donde las torres de conducción eléctrica, los ganglios, se erigen en forma de columnas de tejido neuronal alienígena. El lugar es un caos de tiendas, de chozas de madera y de construcciones improvisadas y cobertizos de hierro ondulado. Existe una economía basada en el trueque que se combina con la del naira nigeriano oficial. El campamento se expande a diario, a medida que va llegando gente de... de todas partes. Los nuevos vecinos sencillamente vallan su terreno en la periferia y levantan su casa en él. Hay uno o dos edificios nuevos de hormigón, así como iglesias, mezquitas, templos y arsenales para los destacamentos militares encargados de mantener el orden. Hay también microgranjas, porque cerca de la bóveda se puede cultivar casi de todo en cualquier parte. En mi tienda tengo un algazul, que me traje porque la florista insistió en que me protegería de los fantasmas. En solo dos días ha echado tres flores moradas. Si tiras un puñado de semillas al barro, no tarda en brotar una fronda lozana, así que aquí arrancar malas hierbas es un trabajo a jornada completa.

Hay burdeles, sin ambages en el caso de las prostitutas, si bien se utilizan eufemismos como «gimnasio» en el de los prostitutos.

Camino por un riachuelo de orín medio estancado, el cual recorre un callejón ensombrecido por la proximidad de los edificios contiguos. Las incontables conversaciones se amparan en el anoni-

mato de su propia cacofonía. Tengo los zapatos hechos un asco, pero eso es lo que pretendo. La ropa está raída, pero me parece bien, porque así no me echarán de ningún lado, ni me robarán.

En principio, me propongo ir a una cervecería, pero después doy con un sitio aún mejor: un club nocturno.

No bailo.

Todavía me brilla la mano derecha a causa del sello luminoso de la entrada, resplandor que, al atravesar el cristal, hace que la bebida cobre el aspecto de la lava. No tengo ni idea de qué clase de música suena, pero parece basarse en un bajo imponente. La pista de baile está llena. Cuando entras, hay una fila de críos que te limpian los zapatos, tras lo que la presión de la multitud te empuja hacia la pista en sí, un suelo de hormigón pulido por la infinidad de zapatos que se deslizan sobre él. Hay un escáner de implantes corriente en la entrada, para detectar a los policías, aunque no sirve para descubrir mi identidad enmascarada. En la esquina oeste hay una torreta robótica compacta, para mantener el orden.

No hay nadie en todo el local que esté pensando en Jack Jacques. Comprobarlo me produce dolor de cabeza, debido al esfuerzo de leer a tanta gente. Hago lo mismo durante dos noches hasta que encuentro algo.

Es un recuerdo de Jacques, de haberlo conocido. Esa persona está fuera del club, apoyada contra la pared. Me levanto para salir, pero entonces me tropiezo con alguien. Percibo su intención de golpearme antes incluso de expresarle mis disculpas. Me muevo para esquivar el golpe, no demasiado, a fin de no evidenciar mi entrenamiento. El simio pasa tambaleándose junto a mí y golpea a otro. Le piso el empeine y cae de bruces. Aprovecho la confusión para escabullirme.

La mujer está fumando, descalza, y lleva un vestido de un color indeterminado; no se ha maquillado y el cabello le cuelga lacio después de habérselo alisado. Advierte mi presencia al oír mis pasos, pero no me mira. Tengo tabaco, unos cigarrillos sueltos que he comprado dentro por si surgía una ocasión como esta. Yo no fumo, pero sé cómo se hace, así que enciendo uno. El resplandor

de la punta de su pitillo me permite ver que no ha apartado la mirada del suelo, aunque estemos los dos apoyados en la misma pared, sintiendo las vibraciones de la música, y el calor que emana de los centenares de cuerpos.

—No estoy servicio —dice. *I no dey duty*.

Asiento y doy una calada.

—Y llevo uno arma.

Miro su vestido prieto y me pregunto dónde la habrá escondido. Supongo que se siente amenazada por mí debido a las agresiones que han sufrido tanto ella como otras mujeres que conoce y de las que ha oído hablar. Procuro que mi lenguaje corporal resulte lo menos amenazador posible. Ahora mismo no está pensando en Jack Jacques.

—Pues tendré que cascarme una paja —digo.

Funciona, le viene un recuerdo a la cabeza.

Me hago una primera idea del aspecto y la voz de Jacques. En el recuerdo que le robo viste un traje blanco. Casi toca con la cabeza el techo de la caseta donde ella trabaja, lo cual me indica que es bastante alto. Lleva una corbata negra, y un sombrero, de ala curva, abeti aja, como los que usan los yorubas. Actúa con naturalidad y da la impresión de ser una persona limpia, a pesar de toda la porquería que lo rodea.

—¿Tienes cigarrillo para mí? —me pregunta la mujer. Ha terminado el suyo y tiene la mano tendida. Se lo doy. Por el orificio del brazo de su vestido veo el extremo de un tatuaje. Imagino que es el nombre y la aldea de su madre. Aquí a las mujeres se las viola y se las asesina, e incluso con los implantes, a menudo cuesta localizar a los familiares, por lo que en Campamento Rosalera las mujeres llevan tatuajes.

El recuerdo de Jacques resurge. Le parece atractivo y da gracias por que huela bien. El recuerdo vuelve a empezar y, durante una fracción de segundo, es a mí a quien la mujer ve con el traje blanco y con el sombrero, antes de recuperar a Jacques.

«Desnúdate», le ordena Jacques.

«¿Cómo quieres mí? ¿Delante o detrás?», pregunta ella.

«Quiero que des botes en la cama y que gimas como si te estuviera reventando con la polla —dice él—. Te pagaré el doble. Tam-

bién dirás a todo el mundo que follamos, sobre todo a los muchachos que vienen conmigo. ¿Podrás hacerlo?»

Puede hacerlo, y así lo hace.

Al día siguiente un camión es devorado por las llamas, no muy lejos de mi tienda.

Duermo muy mal. Cuando le arrebatas los recuerdos a alguien, estos intentan encajarse entre los tuyos. Tu mente los interpreta como un cuerpo extraño y, si no me equivoco, intenta purgarse. Al no conseguirlo, reproduce el recuerdo mientras trata de clasificarlo. Por eso no me gusta leer la memoria de los demás, y agradezco que en la S45 me enseñaran a mantenerla a raya. Observo más detalles de la escena: las uñas cortas de Jacques, sus nudillos en carne viva, el incisivo torcido, su paquete prieto, señal de que estaba excitado, aunque lo controlaba. Durante una de las reproducciones del recuerdo, Jacques deja de hablar y me mira a mí.

—Puedo verte, Eric —dice—. Estaré preparado cuando vengas a por mí.

Después sus ojos explotan y empieza a vomitar. Me despierto.

Mi tienda está llena de humo, procedente del camión incendiado. Unos muchachos pretendían tirar residuos tóxicos por la noche, en la periferia, pero los cogieron cuando el cieno verdoso comenzaba a filtrarse en la tierra. Los muchachos escaparon, pero el camión no. Espero que esta misión no me provoque un cáncer.

Salgo en busca de indicios. Esto no va de pamplinas sobre magia y misticismo. Los alienígenas se han apoderado de la información presente en la atmósfera para aprovecharse de ella. Esto lo han conseguido desplegando una celosía de células artificiales, de «xenofórmes», interconectadas alrededor del planeta, lo que ha dado lugar a una mente global conocida como «xenósfera». Al igual que algunas otras personas, puedo acceder a esa información, motivo por el que la S45 me contrató. Es una habilidad muy útil, sobre todo cuando hay que buscar a alguien. El campo alienígena está vinculado a la mente de los habitantes de la Tierra y los datos pueden circular en ambos sentidos porque los xenofórmes no están unidos solo entre ellos. Están unidos también a los receptores

de la piel de los humanos, lo que les permite acceder a su cerebro, del cual, de forma inadvertida, extraen aún más información. Empiezo temprano. Quiero averiguar dónde trabaja la prostituta. Aguardaré y estaré atento hasta que aparezca Jacques. Sigo caminando hasta que tengo un *déjà vu*. La gente que nos dedicamos a esto compartimentamos de un modo muy distinto. ¿Cómo, si no, podríamos diferenciar nuestros verdaderos *déjà vu* de los que nos provocan los recuerdos que hurtamos?

Oigo a un hombre a mis espaldas, pero no con los oídos. Por lo alto que piensa, dudo que sepa quién soy. Cuando me giro en medio del callejón para mirarlo, oigo entrar a su compinche, que bloquea el otro extremo.

—¿Qué queréis? —digo—. No voy a resistirme.

—Aquí no se puede entrar sin pagar las tasas primero, novato —dice el hombre que está detrás de mí.

Bien. El jefazo del barrio quiere cobrarse. En esta zona se trataría de Kehinde. Taiwo, su gemelo, gobierna el lado opuesto de la bóveda. La información recabada sostiene que ambos son despiadados, y que se profesan un odio mutuo. Se cuenta que en una ocasión las bandas organizaron una cumbre de paz, la cual terminó con una pelea entre los gemelos, a puñetazos, sin decirse nada, cada vez más exhaustos, pero obcecados, que se alargó durante horas. Según la leyenda urbana que relata el suceso, lucharon de sol a sol. Según la informante de la S45, la reyerta solo duró cuatro horas, con varias pausas de por medio. Cuando terminaron, ambos tenían la cara machacada y los nudillos abiertos.

—Decidme —les pido—, ¿conocéis a Jack Jacques?

—Tú aquí no pintas nada —dice Kehinde.

Es curioso. Esperaba encontrarme con una especie de padrino caricaturesco, pero el aspecto de Kehinde es de lo más normal. Lleva una camisa corta y unos tejanos desgastados que combina con unas botas sin marca de las que calzan los habitantes más respetables del Campamento Rosalera. Le sobra algo de barriga, pero debe de tener más de cincuenta y cinco años, así que lo puedo entender.

Sé que aquí no pinto nada. El campamento es un lugar lleno de gente enferma o desesperada, y de criminales. De gente enferma porque, cuando la bóveda se abrió, curó a las personas que había cerca, lo que la transformó al instante en un híbrido entre La Meca y Lourdes. La gente desesperada es la que no tiene otro sitio adonde ir. Mendigos mugrientos, desgraciados, extremistas religiosos, esa calaña. Los criminales no necesitan invitación, están por todas partes. Yo no estoy enfermo ni desesperado, ni soy un criminal. Y ellos lo saben.

—Busco a Jack Jacques. Vi su panfleto sobre la igualdad. Quiero ayudar.

Todos se ríen, pero mi ingenuidad hace que resurja un recuerdo común. Jacques y Kehinde, con algunos otros al fondo, en este mismo sitio.

Tenemos que aprovechar la oportunidad. Estamos ante una nueva sociedad, ante un nuevo comienzo. Quiero hacer algo bueno con todo esto, acabar con el caos, que nos convirtamos en un faro para el resto del país, qué cojones, del mundo.

Viste un traje de color crema. En mi mente, el recuerdo parpadea y el traje se vuelve blanco, como en el recuerdo de la prostituta.

Kehinde se ríe. *¿Y qué lugar ocupo yo en este jardín del Edén? ¿Qué papel desempeñan los hombres desobedientes?*

Jacques se inclina hacia él. *Para tener un jardín, antes hay que plantar una primera semilla, que soy yo. Después hace falta el abono, que eres tú. El estiércol no huele demasiado bien, pero es imprescindible.*

Siento que Kehinde se pone tenso, aunque está de acuerdo. *Muchachos, este tipo acaba de llamarme «pedazo de mierda» de la forma más elegante posible.*

Las risas resuenan desde el pasado, entremezcladas con las del presente.

Sé que no debo cuestionar las órdenes, pero empiezo a preguntarme qué hay de malo en dejar que este sujeto, este tal Jacques, ponga sus ideas en práctica. Ya que siempre va a haber criminales, ¿por qué impedirles apoyar una causa noble? ¿Por qué tenemos... tengo que matarlo?

Me dicen que espere a que la asistente de Jacques se ponga en contacto conmigo. Hago tiempo excavando zanjas. Una vez el Hijo puta Danladi me dijo que los trabajos más duros son los mejores durante las misiones secretas. «Te mantienen en forma, y además puedes pensar mientras te mueves.» Tiene su parte de razón. Al cabo de una semana, mis músculos se han endurecido, pero las canciones que entonamos para mantener el ritmo me resultan hipnóticas, de tal forma que caigo en un estado de ausencia de pensamientos mientras proceso sin darme cuenta las anécdotas picantes que los hombres se cuentan entre ellos. Prefiero no repetir las aquí. Por las noches bebemos matarratas y burukutu, ambos elaborados en la calma de los baños más selectos.

Estoy apoyado sobre un pico, esperando a que el agua salga del canal que estamos abriendo, cuando se acerca una mujer. Está en blanco, es decir, que no oigo sus pensamientos. A veces ocurre. Algunos humanos son inmunes a las esporas extraterrestres, mientras que otros, como mis superiores, deben tomar precauciones. Los niños siguen chapoteando en el agua, y el supuesto capataz tiene que espantarlos cada vez que aparecen.

La mujer se detiene al borde del canal y se me queda mirando.

—¿Tú eres Eric?

—Sí.

—¿Qué quieres del señor Jacques?

—Quiero trabajar para él.

—No puede pagarte.

Me encojo de hombros.

La mujer me observa como quien examina un siluro para determinar su frescura, hasta que al cabo menea la cabeza.

—No. No me gustas. Márchate por donde has venido. —Gira sobre sus talones para marcharse, pero la sujeto por el tobillo.

—Espera —le pido.

—Aparta la mano.

—Te aseguro que comparto su idea de...

Que te den.

Sacude la pierna para soltarse y se aleja.

Hay que reconocer que la mujer tiene buen olfato. Debería haberme mostrado más ambicioso. En Nigeria nadie se fía de la gente con ideales, ni siquiera en las iglesias fundamentalistas. Al fin y al cabo, esa es la razón por la que van a matar a Jacques. Supongo.

Vigilo la morada de Kehinde con los ojos y también con la mente, confiando en que en algún momento aparezca Jacques. Lo único que hago es excavar zanjas, lavarme y comer allí mismo, para después venir aquí y esperar. Llegado el día cincuenta y uno, cuando ya estoy tan fibroso como si llevara excavando desde que nací, Jacques irrumpe en la zona mental alienígena con una intensidad tal que parece haberse presentado en persona. Pero no es así.

Es por la tarde. La plancha ondulada de hierro sobre la que estoy sentado me calienta el culo con el calor del sol huidizo. Veo a la asistente de Jacques subirse a un todoterreno con Kehinde. Van a reunirse con él, y no dispongo de ningún vehículo con el que seguirlos. De forma instintiva, salto de techo en techo para no perder el coche de vista. No voy practicando parkour precisamente; me tambaleo y me veo obligado a improvisar, a seguir adelante mientras trastabillo, a punto de quedarme paralítico, aprovechando el resplandor verdoso de la bóveda. Ignoro las blasfemias de los habitantes de las chabolas, cuyos techos destrozo, llegando a hundir el pie izquierdo en ellos por lo menos una vez. Cuando el todoterreno se detiene, veo que no se trata de una reunión. Es una pelea. Uno de los contendientes lleva un alienígena conocido como «farol» en torno a la cabeza, a modo de aureola. El otro ha traído un «homúnculo». Interesantes elecciones. Luchadores reforzados con extraterrestres. Estas cosas solo suceden en Rosalera.

El homúnculo es un mamífero que participa de una mente colmena y que está revestido de grasa neurotóxica. Tiene el aspecto de una persona de muy escasa estatura, sin vello y dotada de unos ojos relucientes. Si se lo separa del rebaño, se adherirá al mamífero más cercano. La neurotoxina no afecta a aquellos a los que se aferra, por lo que al luchador no le pasará nada. Al contrario que al rival. Los faroles, por su parte, parecen faroles voladores chinos y exhalan nubes psicodélicas. El enfrentamiento puede ser largo y emocionante, o rápido y brutal. Oteo la escena en busca de Jacques, pero no debería haberme molestado. Entra en el cuadrilátero

antes de que dé comienzo el combate y pronuncia un discurso breve. Bajo del techo de un salto y me acerco al cuadrilátero, notando el peso y el calor del arma que llevo en la pretina. Me abro paso entre los espectadores a empujones y apaciguo su mente, no quiero que me distraigan. Tengo visual y estoy a unos treinta metros. Me...

Todo se para.

El sonido se extingue, el viento amaina y la gente se queda inmóvil, pero no solo eso, es que además ha dejado de pensar. Un grifo se cierne sobre mí. Un grifo, la criatura mítica de las leyendas, con cabeza y alas de águila y cuerpo de león. ¿Por qué estoy viendo un grifo? Se posa, se rasca con el pico y gira la cabeza para fijar un ojo en mí. Su mirada me resulta familiar.

—Ah, muy bien. Eric de Lagos y de Johannesburgo. Sí. Eric, bueno, si estás viendo esto, es que has encontrado a Jack Jacques, lo cual, me temo, significa que estás en peligro y que apenas dispones de unos minutos para reaccionar.

—Pero ¿qué...?

—¿Hago yo en tu mente? No estoy en tu mente. Al menos, no ahora mismo. Ya me he ido, por lo que esto es... una especie de mensaje que he dejado para que se activara si se daban determinadas circunstancias.

—Pero si impedí tu intento de intrusión... —Es él, el tipo del pelo rapado que conocí cuando me presenté al servicio, Kaaro.

—Ah, sí. Tiene gracia. Pero no, no lo impediste. Sencillamente, dejé que pensaras que sí. Ahora no tenemos tiempo para esto, Eric. Tú no eres un asesino.

—¿No lo soy?

—No. Tu carácter no es el adecuado. Tienes unas habilidades impresionantes, y quizá sí que podrías llegar a matar en defensa propia, pero nunca apretarías el gatillo sin que te provocaran antes.

—Has leído...

—Tu ficha, sí. Cierra el pico y presta atención. En realidad, tu tarea consistía en dar con Jacques. Y lo has logrado. Genial. Bien hecho. Oku ise. La siguiente fase consiste en eliminarlo.

—¿No has dicho que yo no soy un asesino?

—La siguiente fase para la S45, no para ti.

—Y entonces ¿yo qué tengo que...?

—¿Hacer? Bueno, tú vas a morir con Jacques. Pretenden utilizar tu implante como dispositivo diana. Hay un equipo de operaciones especiales a la espera. Apuesto a que ya viene de camino. Lo sé porque mi misión era enviarles una señal, y sabe Salomón que así lo he hecho.

—De modo que yo...

—No, sea lo que sea aquello que estés pensando, no. Aunque consigas detenerlos o escapar, el plan B es un dron a la espera. Si el equipo ese fracasa, el dron lanza un misil con un radio de cien... ciento cincuenta metros. ¡Bam! No me preguntes cuál es el plan C. Siempre hay contingencias, Eric. Es cuanto necesitas saber.

—¿Por qué me cuentas esto si no hay esperanza?

—Yo no he dicho que no haya esperanza. Todas las demás situaciones posibles dependen del funcionamiento de tu implante. Si lo desactivas, quizá tengas una posibilidad de escapar.

—Pero yo no sé cómo se...

—Ah, puto atontado. Estás en la guarida de un criminal. ¿Para qué te iba a hacer falta saber hackear implantes? Buena suerte, hermano. Búscame si sobrevives. O mejor no, no me busques. No quiero meterme en líos.

El mundo se reanuda. Jacques empieza a exaltarse mientras habla de que el Gobierno federal no tiene ninguna intención de incluir a Rosalera en los presupuestos. Cambio de dirección y busco a su asistente. Se le dilatan las pupilas cuando me ve, para después encogersele de nuevo.

—Te dije que...

—Tienes que llevarme tan lejos como puedas de tu jefe, y necesito que me hackeen el implante. Cuanto antes.

—Eric...

—Hay vidas en juego. La tuya incluida. —Aprieto la pistola contra su costado.

Aunque no se inmuta, responde:

—Está bien, ven conmigo.

Estamos cerca del ganglio más grande. El técnico dice que emana un campo electromagnético que obstaculiza el rastreo. No discuto, puedo verlo en su prosencéfalo. La proximidad me produce cierta angustia. La terminación nerviosa de un extraterrestre gigantesco se antoja escalofriante, sobre todo cuando se sabe que los latigazos eléctricos aleatorios pueden matar a quienes se encuentran cerca. El hombre da con mi identidad falsa y con la verdadera, las cuales es posible distinguir si se sabe lo que se busca. Transfiere las dos a una bestia de vigilancia cibernética reprogramada, un halcón BVC, y le deja libre.

—Felicidades —dice—. Ya no eres nadie.

Meneo la cabeza.

—El hardware sigue ahí. Veinticuatro horas de libertad, a lo sumo.

Veo alejarse al halcón, libre, con mi yo y mi no yo.

—Sabía que ocultabas algo —dice la asistente.

—Pero ahora está a salvo. Eso es lo que importa, ¿de acuerdo?

—¿Qué piensas hacer?

—Quedarme aquí sentado y esperar a que me detengan.

—No tiene por qué ser así. El campamento está lleno de fugitivos que quieren empezar de cero, y a Jack le sería de gran ayuda alguien adiestrado por la S45.

—He intentado matarlo.

—Nada de eso. Aunque hubieras llegado a apuntarle, y, por cierto, los hombres de Kehinde te habrían dejado como un colador, dudo que hubieras llegado a apretar el gatillo. Diría que eres una persona de principios.

Voy a responderle cuando suena un silbido breve y agudo. Sé lo que es antes de oír el estruendo, y me tapo los oídos. Ataque de dron, bomba compresora. Veo el rastro, que lleva a la zona del combate.

La asistente y yo nos levantamos y echamos a correr por donde hemos venido.

Cadáveres desmembrados, extremidades por todas partes, sangre mezclada con el barro que forma una espuma rosada, edificios derruidos en un diámetro de cincuenta metros, escombros salpicados de restos

orgánicos. El cuadrilátero ha quedado arrasado, los contendientes han desaparecido. No hay ningún cráter ni se ve ninguna llama. Las bombas compresoras no producen ese tipo de efectos. Son, en esencia, portales que se abren a un vacío que absorbe la materia, y que después se cierran aprisa, invirtiendo el flujo y proyectando esa materia hacia fuera. Los huesos de las propias víctimas sirven como metralla.

Yo soy el responsable. Es evidente que me localizaron por telemetría y que hicieron sus cálculos. O tal vez Kaaro me mintiera en cuanto a lo del equipo de operaciones especiales. ¿Quién sabe? Llevará semanas identificar todos estos cadáveres.

—¿Es ese? —pregunta un hombre a mis espaldas.

Sé que es Jacques antes de darme media vuelta. Sé también que se dispone a atacarme, pero no me aparto. Sabe soltar un puñetazo, y yo encajar una paliza. Se tira como diez minutos golpeándome, sin romperme nada. Le dejo hacer porque quiero recibir mi merecido. Toda esta gente ha muerto por mi culpa.

Se erige sobre mí, la camisa manchada con mi sangre, respirando con pesadez, mirándome con los ojos de un dios iracundo; la asistente le tira del brazo.

Se marchan.

Descorro la cortina de mi tienda, que me encuentro invadida por una fronda abigarrada, tan crecido ahora el algazul que lo ocupa todo. Cojo prestado un machete y me pongo a dar tajos hasta que logro llegar a mis cosas. Hago señas para que entren a sacarme.

El número de muertos asciende a cuarenta y ocho, y el de heridos a unos cien. Paso un tiempo arrestado, se me somete a un juicio secreto y me dejan libre tras una sentencia por el tiempo ya cumplido, aunque me relegan a un puesto administrativo. Estoy al tanto de las noticias. Jacques sigue vivo; ahora es un asunto demasiado candente entre la población como para ejecutarlo, si bien en Nigeria eso no es sinónimo de inmunidad.

Estoy en una oficina local de Lagos, en el culo del mundo, persiguiendo a los párrocos que se dedican a cazar brujos. He oído que Kaaro sigue destinado en Rosalera.

No lo envidio.